

CARLA DE LA LÁ  
QUÉ TE IMPORTA  
QUE TE AME



Carla de La Lá



Qué te importa que te ame

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a Cedro (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con Cedro a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Carla de La Lá, 2022  
© Editorial Planeta, S. A., 2022  
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona  
[www.editorial.planeta.es](http://www.editorial.planeta.es)  
[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Diseño de la colección: © Compañía

Primera edición: abril de 2022  
Depósito legal: B. 4.527-2022  
ISBN: 978-84-08-25597-0  
Composición: Realización Planeta  
Impresión y encuadernación: Liberdúplex  
Printed in Spain - Impreso en España



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**

## CAPÍTULO 1

---

El peor momento de mi vida, si me permiten llamarlo así, fue cuando me enterraron absolutamente consciente porque, créanme, ninguna circunstancia tiene el poder de llevar a un ser humano a tal extremo de angustia física y mental. Sufría muchos dolores tanto en la pierna del balazo como en los cortes que Patricio me practicó en la autopsia y luego zurció.

Después, el hambre. Yo nunca fui una muchacha comilona, pero sentía como un hoyo en el estómago, sobre todo en las mañanas, cuando escuchaba desde mi fosa los llantos de los nuevos cortejos y sabía que, una vez más, me estaba saltando el desayuno. Lloraba mucho, pero mi llorera se incorporaba al desconsuelo colectivo y matutino; llegué a contar hasta treinta sepelios diarios en el camposanto.

Toda esa gente viviente (se podría decir que yo también era gente, aunque ya no vivía) y bien nutrida me hacía pensar en los desayunos con chilaquiles verdes de Sinforosa, en la mesa de la cocina de la hacienda reventando de frutas peladas y troceadas luciendo como gemas valiosísimas, en mangos, papayas, tunas; añoraba con infinito anhelo las tortillas de maíz calentitas en el interior de su trapo, el pan dulce recién hecho y ese olor indeleble a chocolate y atole. Si hay algo que no me perdono es no haber desayunado muchísimo más en vida.

Otro de los espantos del entierro, no quiero decir con esto que prefiera la cremación, era el lacerante frío. Los muy bu-

rros, tras la formolización, me acostaron en el ataúd con un vestidito de gasa y manga corta, todo escotado y sin fondo abajo, ni siquiera chones.

Hubiera agradecido tanto unas medias para mis piecitos congelados... o esos preciosos patucos de angora melocotón que doña Victoria me tejía cada otoño... De seguro aún estarían en el cajón de la mesilla de noche de mi recámara junto a los rosarios de pétalos de rosa que me regalaba en Navidad para acercarme a la Virgen, sin demasiado éxito.

Y ¿qué tal un mugre pañuelito, un chal o lo que fuera para echarme sobre los hombros?... Eso sí, me lavaron el cabello, lo cepillaron, trenzaron, perfumaron y hasta una corona de flores me pusieron; pienso que para tapar el gran mechón que Patricio me cortó para hacerse una pulsera con él.

Me colocaron los pies juntos, atados con una cinta de raso blanca, las manos sobre el abdomen —la buena arriba de la mutilada, claro— sujetando tres hermosas dalias.

También me maquillaron: coral en los labios, sombra de ojos aguamarina, máscara de pestañas y rubor; todo para proyectar un dulce sueño desde mi ataúd abierto y no la muerte horrenda que tuve en realidad. El propósito de la tanatopraxia es tranquilizar en lo posible a los allegados del cadáver y, por supuesto, no espantar a los curiosos ni traumar a los chamacos.

Si al menos hubiera quedado así de linda en mi estado fantasmal... Pero ¡no! Por alguna razón estupidísima, cuando logré salir del ataúd lo hice con el camisón ensangrentado que llevaba en mi último segundo de vida en el hospital y desgredada. Y así me quedé, de espectra coja y fodonga.

Pero lo peor no era el hambre ni la sed ni el desquiciante hormigueo o comezón en las extremidades que no me podía rascar; lo peor era el aburrimiento.

¿Cuántos días puede pasar un individuo solo sin salir de casa, sin hablar y en aislamiento? Como mucho una semana si le dio gripa y es soltero..., y apuesto a que hablaría por teléfo-

no o, justo después, al reponerse, se echaría a la calle a ver qué onda con el mundo.

Ahora imaginen mi confinamiento sin poder hablar con nadie y sin moverme, y añádanle el terror de no saber por qué. No vayan a pensar que uno normaliza el hecho de estar enterrado y, a la vez, despierto; para nada. Figúrense las horas muertas a oscuras, con los brazos y las piernas amarrados, indefinidamente bocarriba y con la lengua llena de algodones.

Tenía ambos labios engomados con algún tipo de adhesivo, calculo que para verme mejor en el velatorio y no con la bocota retorcida. Es importante destacar que la boca de un muertito tiene que estar cerrada para evitar los olores y bacterias que puedan contaminar el lugar del funeral. Pues con todo y pegamento, empecé a clamar a la Guadalupana, a san Judas Tadeo y hasta al mismísimo Dios, pero ninguno me contestó.

Al cabo de unos días empezó a faltarme el aire; al aumentar las temperaturas y la humedad, la tierra comenzó a heder de un modo indescriptible. Visualizaba un ejército de gusanos fosforescentes pugnando por entrar en el féretro y devorarme; el vestido de seda se volvió pegajoso y se adhería a mi cuerpo con repulsiva melosidad y la rigidez del ataúd comenzó a producirme ansiedad física y opresión en los pulmones.

No se me ocurre nada tan perturbador en el planeta ni pena más horrible en el averno que la de ser inhumado en perfecta lucidez, pero, aparte de estos dramáticos achaques y de que, por supuesto, estaba muerta, mi estado de salud general parecía bueno.

Tengo que destacar lo doloroso de percibir cómo el alma se separa del cuerpo y aunque, debido al azoramiento y la enloquecedora angustia moral, pasé algunas semanas en estado de perplejidad, reconozco que mis facultades mentales y mi memoria también se mantuvieron intactas.

Pero disculpen, me presento: mi nombre es Venezia May,

nací bastarda de un comerciante español y su sirvienta en el Distrito Federal de 1930, y morí por desmañada en los sesenta en Chilpancingo, estado de Guerrero.

A fecha de hoy, 3 de abril de 2004, llevaré unos cuarenta y cuatro años de muertita y, lo que es peor, coja, con el par de piernas que yo tuve.

## CAPÍTULO 2

---

Tenía dos opciones, el infierno, la tortura perpetua, el crujir de dientes... o España, y, por supuesto, elegí lo segundo. La vida es muy corta, pero la eternidad es muy larga.

¿Que por qué no me fui al cielo? Ayúdenme ustedes con la respuesta porque no lo sé. Una santa no fui, se lo puedo garantizar, pero tampoco hubo quien me diera mejor ejemplo.

Ricarda, mi mamá, trabajaba en casa de unos señores muy ricos en Coyoacán, la familia Orozco Espinoza, y allá mismo se quedó en estado de mí, lo cual no era nada extraño en esos tiempos. Ni ella ni su patrón se molestaron lo más mínimo con la noticia, ni tampoco la patrona, una pintora italiana que vivía el arte y la política mexicanos de aquellos tiempos con más intensidad que nada en su vida.

Por lo visto, las parrandas y bacanales eran el pan nuestro de cada día en esa casa frecuentada constantemente por personalidades como Diego Rivera, Frida Kahlo y hasta el mismísimo Trotsky.

El sexo, así como el intercambio de parejas entre los intelectuales, no era ninguna proeza, como tampoco lo era un embarazo irreflexivo. Por eso, cuando nació mamá me llevó a Chilpancingo sin aspavientos y me dejó en casa de una pariente suya con la excusa de labrarse un porvenir por mí. En realidad, se regresó a México para seguir cogiendo con el patrón y, miren, no la culpo.



Mi infancia no fue especialmente dura, mamá enviaba dinero cada primero de mes y con eso y que salí rubita de ojos azules me convertí en la huérfana consentida por toda la región.

Los primeros años los pasé en casa de Nacha, una prima lejana medio huraña que jamás me besó, pero me daba comida y techo. Al cumplir mis diez años, se casó con un maestrillo y, en parte por vivir más cómodamente su nueva etapa, me puso de patitas en la calle. La verdadera razón, no crean que me siento lo máximo, era mi belleza, que al parecer ya levantaba pasiones en todo el lugar y la Nacha no quiso correr riesgos ni pasar penalidades innecesarias.

La mañana de mi cumple, sin previo aviso mientras preparaba las tortillas del desayuno:

—¡Felicidades, pequeña Venezia!

—Gracias, Nacha —dije levantando las dos manos y estirando los diez dedos.

—No me refiero a tus diez años, tontita. Te doy mi enhorabuena.

—¿De verdad? ¿Por qué?

—Ya no tendrás que volver a la escuela, te encontré un empleo en la mejor casa de Chilpancingo, la de los Mondragón; ayudarás en la cocina y con los niños.

—Pero ¿y cuándo empiezo?

—Pues ya, nada más que desayunes, te me arreglas y te pelas para la plaza que allá te van a recoger.

—Pero, Nacha... No quiero ir, prefiero quedarme contigo, eres mi única familia.

—Ay..., niña, no seas estúpida y sécate esas lágrimas de codrilo. ¿No pensarías quedarte acá en mi casa para siempre de gorróna?

—Nacha, por favor, cambiaré, ya no te haré enojar, seré buena. ¿Y quién me va a recoger, cómo me van a reconocer?

—Jajajajaja —soltó una carcajada como de pájara gorda—,

mijita, tan linda que naciste y tan simple, ándale, a vestirse. Y ya deja de chillar.

Por espacio de dos horas que se me hicieron mil años esperé y lloré sentadita en la plaza frente a la catedral de la Asunción. Hacía mucho calor. Llevaba un vestido blanco gastado y unas sandalias. Sobre mis rodillas, mis manos, que encerraban con fuerza mi única pertenencia y único apego: un peine de madera de copal que pudo haber pertenecido a mi mamá. La Nacha no me dejó llevarme nada más.

De pronto rompió a llover, los puestos de carnitas y de tianguis a mi alrededor, donde la gente alborotaba desayunando, desaparecieron bajo la tormenta. Todos corrían como conejos a resguardarse, gritaban, maldecían y reían al mismo tiempo; yo no podía parar de llorar, pero ahí sí que la lluvia me hizo bien, acariciando y disimulando mis lágrimas.

Tenía un cabello larguísimo y dorado, suave, pesado y ligeramente ondulado que era la atracción del lugar y ahora servía de cascada para los goterones tormentosos que no cesaban sobre mi cabeza.

«¡Qué van a pensar cuando me vean en estas fachas!». Miraba al suelo..., contaba las gotas sobre mis pies embarrados en la desesperanza más definitiva cuando lo oí por primera vez:

—Discúlpeme, linda, tuve que atender un parto de urgencia. La señorita Venezia May, ¿me equivoco?

Alcé los ojos y allá estaba sobre su caballo rojo el hombre más apuesto que jamás había visto nadie. El doctorcito, don Perfecto Patricio Mondragón, en carne y hueso vino a buscarme.

Contuve la respiración mientras lo observaba, era tan distinto a lo que yo acostumbraba a tratar... Llevaba un traje verde oscuro, perfectamente planchado a pesar de la lluvia, un sombrero de ala ancha y unas botas negras muy altas. Me pareció tan grande como la torre de la catedral.

Bajó del caballo, me tomó en sus brazos y marchamos al

trote hacia la hacienda. En los escasos minutos de trayecto me habló de su joven esposa, de sus bebés, de su trabajo, pero yo solo escuchaba el latido de mi corazón y su perfume. Al llegar a Palmagorda estaba totalmente enamorada y sin remedio. Nunca tuve un hombre tan bonito cerca y nadie me había abrazado jamás.